

FAX. 318.55.87

4 PAGS Opinión Per a Lluís Félix

FRIDA KAHLO Y LEON TROTSKY

José Agustín Goytisolo

Frida Kahlo

La vida de la extraordinaria pintora mexicana es complicada y terrible, difícil de condensar en un artículo; únicamente me voy a referir, y a vuelta pluma, a sus antecedentes familiares, a su infancia y adolescencia, a los trágicos percances que sufrió, a su matrimonio con el muralista Diego Rivera y, especialmente, a su relación amorosa con León Trotsky.

El padre de Frida era un inmigrante judío alemán, Wilhelm Kahlo, que, viudo y con dos hijas, se casó con una mestiza mexicana llamada Matilde Calderón. De este segundo matrimonio Matilde le dio cuatro nuevas hijas, de las que Frida fue la tercera. Nació en Coyoacán, en la casa azul de la familia, casa que luego se haría tristemente famosa, como se verá; eso ocurría en 1907.

Frida creció sana, alegre y fuerte, hasta que un día, paseando con su padre por un bosque de Chapultepec, tropezó, enredándose en unas raíces, y cayó en muy mala postura, pues casi se destrozó la pierna derecha. Los médicos le diagnosticaron la formación de un tumor blanco, y luego una complicación poliomielítica. Después de muchos y posiblemente equivocados tratamientos, Frida salió con el pie atrofiado y la pierna derecha más corta que la izquierda: estaba coja, pero esa no sería su única desgracia.

A los dieciocho años, cuando viajaba en compañía de su primer novio, un tren arrolló el autobús que les conducía a casa, destrozándolo. Frida recibió múltiples golpes y heridas, la peor causada por un hierro que le atravesó el cuerpo de parte a parte, desgarrándole la espalda y el sexo.

Estuvo a punto de morir, pero se salvó, pese a presentar fractura de las vértebras lumbares, rotura de la pelvis, su corto pie derecho machacado, herida enorme en el abdomen, peritonitis aguda y cistitis. Su valentía ante la desgracia y sus ganas de vivir la ayudaron. Luego, un corsé de yeso, descanso, dolores agudísimos, otro corsé, leves recuperaciones, recaídas, ganas de vivir.

Empezó a pintar en la cama: se hizo colgar del techo un espejo en el que se veía reflejada, y también una especie de caballete o mesa inclinada. Su primer cuadro fue un autorretrato, como muchos de los que luego pintaría. Cuando mejoró, siguió pintando, primero sentada y luego ya de pie. A la que pudo, salió a la ciudad, a reunirse con amigos. Como casi todos ellos, se afilió al partido comunista. Conoció a Diego Rivera, el muralista, y se enamoraron.

Rivera estaba casado, pero se divorció: Frida y Diego se casaron en 1929, por primera vez, ya que mucho más tarde se separaron, para volverse a casar otra vez, la definitiva. Frida no pudo nunca tener hijos, pese a quedarse embarazada tres veces. Fue su pena mayor.

Trabajaban los dos incansablemente, él en murales enormes, tanto en México como en San Francisco, San Diego, Detroit o Nueva York, y Frida en su casa o en las habitaciones de los hoteles cuando acompañaba a su marido. El partido comunista mexicano expulsó de su organización a Diego Rivera, por "pintar para los capitalistas mexicanos y para los gringos", y por sus tendencias anarquistas y trotskistas.

Y aquí es donde va a aparecer Trotsky en la vida de Frida Kahlo, o al revés, que tanto vale. León Trotsky y su mujer, Natalia, llegaron al puerto mexicano de Tampico a principios del año 1937: en la URSS habían sido deportados, durante largos años, al Kazakstán, luego salieron por Turquía, y siguieron para Noruega y París. Fue Diego Rivera el que tramitó ante el gobierno su permiso de asilado en México.

Los Trotsky se alojaron en Coyoacán, en la casa azul de la familia Kahlo, que al no habitar en ella, prestaron con mucho gusto a tan ilustre pareja. Los correligionarios de Trotsky y amigos de confianza, amén de sus guardaespaldas, convirtieron la casa en una auténtica fortaleza, alzando los muros del jardín, construyendo troneras, alambradas y casetas, y dejando libre, pero fuertemente vigilada, una sola entrada.

La primera vez que vió y habló en inglés con Trotsky, Frida quedó fascinada por su porte, talento y dura energía. Y Trotsky se enamoró de ella como un adolescente casi sesentón: le gustó su dulzura, su belleza y su porte, pese a su evidente disminución física, y cuando vió sus pinturas, aún se emocionó más. Su relación fue rápida, pero nada fácil. Frida le visitaba continuamente, charlaban a escondidas, se acariciaban y besaban, y Frida consiguió que él dejara por unas horas su casa-fortaleza para poder estar juntos en casa de la hermana más joven de las Kahlo, Cristina. Esta situación alarmaba a la gente que debía velar por la seguridad de Trotsky, y alarmó también a Natalia Sedova, que aguantó más de lo que podía, hasta que la cuestión se agravó. Diego Rivera, en cambio, lo ignoraba todo, pues se liaba siempre con cualquier otra mujer.

Natalia, sin perder su compostura de gran señora, habló directamente del asunto con su marido: era su matrimonio y la seguridad de él lo que estaba en juego. Trotsky le pidió unos días para reflexionar, y se fue de la ciudad. Y pese a que Frida Kahlo, que se enteró, quién sabe cómo, de su paradero en el campo y fue a verle, la relación entre ambos terminó. Trotsky le reclamó las cartas y recados amorosos que él le había escrito, y ella cumplió. Siempre que se volvieron a ver en la casa azul fortificada, Frida acudía acompañada de su marido, Diego Rivera. Y todos tan contentos.

Como despedida de amante, Frida regaló a su ídolo tan querido un cuadro con la siguiente inscripción: "Dedico este autorretrato a León Trotsky, con todo mi amor, el 7 de noviembre de 1937. Frida Kahlo." La amistad y las visitas ^{entre los papeles} persistieron; eran gente de mundo, civilizada. El menos civilizado era Diego, pero estaba en la guerra o lo hacía ver; es más creíble la primera hipótesis.

Pasan los meses y los años. En 1940 falla un absurdo y mal montado ataque a la casa azul, para deshacerse de Trotsky: un grupo de comunistas-stalinistas, capitaneados por otro famoso muralista mexicano, David Alfaro Siqueiros, era diezmado por la guardia pretoriana que defendía la casa, y Siqueiros fue a la cárcel.

Más efectivo resultó ser un comunista catalán llamado Ramón Mercader, que consiguió entrar en la casa azul como amigo de una de las secretarias de Trotsky y ^{comisario} /partidario de la IV Internacional, presentándose con papeles que le acreditaban como Jacques Monard, y que llegó a intimar con el propio Trotsky. Hasta que un día golpeó y atravesó parte del cráneo de su anfitrión con un piolet de jardinería. Trotsky murió al día siguiente, y Mercader pasó un montón de años en la cárcel, y al salir, voló para Moscú y fue a La Habana, donde murió no hace muchos años.

Nadie, ni su propia mujer, se alteró tanto al saber la muerte de León Trotsky como Frida Kahlo: gritó y gritó y lloró, culpó a Diego Rivera por haberlo traído a México, luego culpó a los comunistas, a los guardaespaldas de la casa azul, y finalmente se culpó a sí misma por su truncada relación amorosa; tuvo varios ataques de nervios y finalmente una honda depresión que le duró largos meses. Pero se repuso, se divorció y se volvió a casar otra vez con su ex-marido, y tuvo amantes, y pintó cada vez mejor, y sufrió mucho físicamente, hasta que murió, en julio de 1954. Toda una mujer: inválida, apasionada y gran artista.